

La cultura

Su contenido conceptual y su objetivo

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Desde un retablo de *Grandes ensayistas*, Thomas S. Eliot entregó en agosto de 1949 un volumen de apasionantes "Notas para una definición de la cultura", en las que aborda el integrado alcance del concepto, su distribución en clases y selecciones; su unidad y su diversidad de tiempo y lugar; aspectos parciales y colectivos de estas mismas unidad y diversidad; diagnósticos diferenciales entre *cultura*, *política* y *educación*; finalmente, la unidad de la cultura europea. El ensayo termina con estas palabras evangelizantes:

"Podemos tener —(Eliot, norteamericano de origen, se hizo ciudadano británico: habla, pues, como europeo)— diferentes opiniones políticas; nuestra responsabilidad solidaria es conservar la cultura común no contaminada por influencias políticas. No es cuestión de sentimientos, ni importa tanto que nos manifestemos simpatía mutua, o que elogiemos los escritos de cada cual. Lo que importa es conocer nuestra relación y mutua dependencia, y nuestra incapacidad —los unos sin los otros— para producir aquellos trabajos excelentes que señalan una civilización superior. No podemos tener actualmente una comunicación meramente dialogal. Ni podemos visitarnos como particulares; y si viajamos solo pueda ser mediante agencias gubernamentales y con obligaciones oficiales. Pero por lo menos, podemos tratar de salvar algunos de aquellos valores de que somos custodios comunes: el legado de Grecia, de Roma, de Israel, y el legado de Europa a través de los últimos milenios. En un mundo que ha presenciado tanta devastación material como el nuestro, estas posesiones espirituales también están en inminente peligro".

No obstante lo perentorio de estas conclusiones del egregio pensador, polígrafo y poeta de *Tierra arrasada*, *Cuatro cuartetos*, *El bosque sagrado*, el recorrido integrado de su ensayo parece exigir prolegómenos menos complejos que las elucubraciones y exégesis filosóficas y dialécticas para entender los cinco macizos capítulos en busca y logro de una *definición de la cultura*. Tal la meta de esta modesta impulsión.

Empecemos por tratar de asumir con la mayor aproximación posible el contenido conceptual de *cultura*, así en su estructura ideológica como en su realidad operante. Fortuna nuestra es la de que, para expresión de pensamientos y sentimientos, ideas, deseos y necesidades, tengamos una de las más hermosas y vibrantes lenguas del mundo civilizado, y en todo y para todo una de las más expresivas —la castellana, por su origen, la española por sus dominios, la de Don Quijote, la de Bolívar—. De aquí que tomemos la definición del vocablo, no con la ambición profundizante de Eliot, sino en procura de su sentido más próximo y accesible dentro de un orden básico genérico. Por ello y para ello la fuente de consulta ha de ser obvia y lógicamente: el Diccionario de la Real Academia Española, código máximo del idioma, suprema corte que define, limpia y enaltece la propiedad y precisión del léxico.

En su primera acepción, *Cultura* significa cultivo, es decir, acción y efecto de cultivar, bien sea en sentido físico, directo, material —cultivar el campo, un huerto, una labranza etc.—; bien en sentido figurado, espiritual, moral: cultivar sentimientos, ideas, virtudes, devociones etc. La segunda acepción alude al homenaje reverencial y amoroso que el creyente rinde a su Dios o a los seres y cosas sagradas; y las devociones ya sean rituales o meramente afectivas, como cuando decimos que rendimos culto a la memoria de nuestros antepasados. La tercera acepción de *Cultura* concierne propiamente al campo intelectual, educativo: “resultado o efecto de adquirir conocimientos genéricamente humanos, racionales, afinando mediante el ejercicio, las facultades potenciales de la inteligencia”. Y así decimos: cultura filosófica, humanística, científica, artística, etc.

Del término *cultivo* derivase *cultivador*, aplicable indistintamente a lo material o a lo espiritual ideológico; entonces, respectivamente, se dice: cultivadores de café, de papas, de banano, de perlas; o cultivador de la crítica, del canto, de la poesía, de la historia, etc.

La palabra *culto* puede tomarse o emplearse ya como nombre sustantivo, ora como adjetivo; y es aquí donde el diagnóstico léxico y conceptual tiene suma importancia. Es sustantivo o nombre común o apelativo cuando va seguido de una especificación —culto cristiano, —pagano, —de la amistad; o cuando, precedido de una preposición, es el término de la especificación misma: ceremonias del culto, ministros del culto, fanáticos del culto, símbolos de un culto etc. Es *adjetivo* cuando entraña una calidad: la culta Popayán, la sociedad culta, un escritor culto, la plebe inculta etc., casos estos en que se alude con primordial propiedad a conocimientos, dominio de materias lectivas; pero en ningún caso a buenas maneras, trato social, urbanidad, corrección o distinción personales; guarda, pues, una evidente sinonimia con *letrado*. Caso frecuente se da de personas o gentes sabias, eruditas, bien informadas o conocedoras de materias científicas o artísticas, pero que sin embargo son ásperas, fallas de cortesía y sociabilidad y aun descompuestas en su lenguaje de convivencia. O al revés: personas de extremada delicadeza, socialmente refinadas en el trato y roce personal, pero que mentalmente son ignorantes, indoctos, carentes de siquiera superficiales conocimientos. No hay, pues, razón valedera para identificar el saber con los modales, ni la dotación intelectual, general o específica, con las venias, besamanos y demás convencionalismos y estilos en lo

comunitario y social. De allí será nacido aquello de que “no todo lo que brilla es oro”; lo de que “aunque se vista de seda la mona, mona se queda”; y el popularísimo y sobreagudo decir que “debajo de una capa raída suele haber un buen catador”.

Cultural es adjetivo que alude a *cultura*: en modo alguno a *cultivo*, cuyo correspondiente adjetivo es *cultivador*. *Cultural* se dice de lo pertinente al *culto* (sustantivo) y es de muy escaso uso; *cultor* es directo derivado de *cultura*, y se usa como apósito o sufijo de vocablos indicativos de cosas materiales para especificar clase de *cultivos*: agricultor, floricultor, apicultor, avicultor. En verdad, qué intrincados pero atrayentes senderos y parajes los que cruzan el inmenso parque del idioma y del lenguaje, donde para no dar traspiés, ni extraviarse en sus laberintos, es menester un guía insustituible cuyo nombre es la ¡*cultura idiomática*!

* * *

Podemos, pues, ir adelantando que la *Cultura* consiste en conocer lo mejor de cuanto ha sido pensado, dicho, propagado, sobre materias del conocimiento, del estudio, de la creación científica o artística. De donde se deduce que ella se origina, se desarrolla, se engrandece, en cantidad y calidad, por el amor a la perfección. Y no puede haber talento —inteligencia en acción— y menos talento extraordinario, fuera del rasero común, allí donde falten los conocimientos primordiales, universales, de lo corpóreo y sobre todo de lo espiritual, así sea en sus categorías más generales y abstractas.

Beethoven, hasta hoy el mayor genio musical, manifestó que el cultivo de las ciencias y de las artes será siempre el mejor eslabón y el más bello, de unión entre los pueblos, aun los más distantes; lo dijo en carta a la Academia de Música de Estocolmo, a comienzos del siglo pasado.

Carlyle, el insigne historiador escocés, famoso por su apólogo del culto de *Los héroes*, sentó que la ley de la *Cultura* consiste en que cada cual llegue a ser grande como unidad dentro de aquello para que crea o se sienta haber sido creado.

En la dura marcha de la humanidad se evidencia que el mejoramiento de los conglomerados sociales —naciones, pueblos, ciudades— lo posibilita, más que la represión del desorden y del delito, la divulgación activa de la cultura general como constante actividad educativa sobre los pueblos.

Preguntémosnos qué es una selva, con sus mil y una acechanzas de muerte a cada paso. Sencillamente una tierra monstruosamente fértil, vigorosa, pero desdeñada de la actividad humana, falta de cultivos. Pues donde se ha dicho *selva*, cambiemos por humanidad, pueblos, naciones; y donde se dijo *cultivos* sustitúyase por *cultura*, y tendremos un postulado de civilización útil.

Recordemos que en *La casa de los muertos*, Dostoiewski escribió: “El desarrollo de las potencias espirituales no puede medirse con escala alguna;

apenas sí la de la cultura logra aproximarse a la exactitud de esa medida", cuyo fundamento —cumple agregar— como el del carácter humano, es, en el fondo, el sentido moral.

En el orden cotidiano y práctico de la existencia, en el trajín de la vida de relación o sea del hombre entre sus congéneres, *cultura* es riqueza patrimonial que viaja con su poseedor, inmune a extravíos, despojos, robos, hurtos; algo más: exonerada de toda laya de gravámenes fiscales.

Precisa, pues, cultivar al hombre, infundirle cultura, sembrarle conocimientos que de su individualidad pasen al conglomerado humano a que pertenece y donde actúa. Es el hombre mismo lo que constituye la primera y óptima riqueza humana. Tenemos naturaleza humana, y esta a su vez tiene una ley inexorable de supervivencia: esa ley es y se llama *la cultura*. En último término, dentro de un acontecer extremo, negativo, en el turbulento y precario recorrido que el hombre ha de hacer como terrenal o extraterrenal destino, la cultura es lo que de todo lo estudiado viene a quedarnos después de olvidar todo cuanto pudimos aprender. El aserto puede ofrecerse como vehemente paradoja, pero no por eso menos experimental y comprobada.

Tanto y tan prodigioso suele ser el poderío de la cultura que puede llegar a convertirla en la devota ordenadora, en la benéfica incorporadora aun de lo monstruoso y lo sombrío, en forma de culto a la divinidad: deslumbradora observación de Thomas Mann, el gran filósofo germano contemporáneo, al examinar alguna de las obras de Goethe. Y viene a cuento lo que otro clásico genio alemán de la filosofía, Federico Nietzsche, afirma en su ensayo sobre Cultura, Estado y Educación: en aparente contradicción entre la personalidad del creador del superhombre ario —padre del fatídico nazismo genocida, exterminador de razas, devorador de pueblos y países— y su aserto, Nietzsche afirma con auto-redentora certeza: "La naturalidad y la sencillez son el don supremo de la cultura". Pero la paradoja desaparece cuando después, al hablar sobre el Estado griego, agrega filosófica y experimentalmente: "En la horrible lucha por la existencia solamente se salvan y predominan los exaltados por la noble quimera de una *cultura* que los preserva del pesimismo práctico, el peor enemigo de la naturaleza".

Tal vez así se explique el que Ortega y Gasset —(de quien suele decirse que cuanto escribe como español lo piensa primero en alemán)— en el análisis de la razón pura y la razón vital afirme que "la vida debe ser culta, pero la cultura debe ser vital"; de lo que axiomáticamente se deduce que una vida sin cultura es ínfima, pobre y trunca. Luego la plenitud existencial nos exige, en algún grado y sea cual fuere el sentido de nuestras vidas, la presencia de la cultura.

Cuando España celebró el centenario de Balmes, en el discurso consagrado a la efemérides insigne, don Marcelino Menéndez y Pelayo enunció esta verdad deslumbradora: "Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual; al paso que un pueblo provento no puede renunciar a la suya sin caer en la imbecilidad senil". La consecuencia palmaria se deduce diciendo que toda cultura tiene los mismos trayectos

vitales de la humanidad: niñez, juventud, edad adulta, virilidad, madurez, vejez. Solo que hay juventudes decrepitas, que envejecieron y caducaron sin madurar; y contrapuestamente, vejeces que saben y logran prolongar la vigencia de una operante plenitud dinámica.

Anticipándose al verso inmortal de Keats —“A moment of beauty is a joy for ever”— Lucio Acneo Séneca escribió también para los siglos: “Un solo día del hombre culto vale por la longevidad de un ignorante”.

Sobre el frontón del Alma-Mater payanesa campea esta inscripción-mandato de clásico linaje: *Posteris lumen moriturus edat*. Felices los que, así sea desde un modesto grado cultural, logren entregar la sagrada llama a quienes más adelante sepan enarbolarla como una antorcha conductora.